

NEW LEFT REVIEW 116/117

SEGUNDA ÉPOCA

MAYO - AGOSTO 2019

ARTÍCULOS

MATTEO PUCCIARELLI	Salvini en alza	11
EVGENY MOROZOV	¿Socialismo digital?	35
JÓVENES PIONEROS	Manifiesto del 4 de mayo	75
STATHIS KOUVELAKIS	La insurgencia francesa	81
CHRISTINE BUCHHOLZ	Alemania redividida	91
SIMPOSIO DEL DSA	La nueva izquierda estadounidense	125
EMMA FAJGENBAUM	El cine como desasosiego	151
JOSEPH NORTH	Respuesta a Mulhern	177
MARY MELLOR	Una propuesta ecofeminista	207

CRÍTICA

CÉDRIC DURAND	La sala de mando de la crisis	221
MICHAEL RUSTIN	Brexitannia	235
JAN BREMAN	La sombra del desarrollo	246
GREY ANDERSON	El general	253

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

INSTITUTO
25M
DEMOCRACIA

ts
d traficantes de sueños

[SUSCRÍBETE](#)

STATHIS KOUVELAKIS

LA INSURGENCIA FRANCESA

La economía política de los gilets jaunes

COMO TODOS LOS movimientos dotados de la fuerza del acontecimiento, la rebelión de los *gilets jaunes* [chalecos amarillos] en Francia fue a la vez predicha e inesperada. Predicha no solo por los profetas eternos de una insurrección venidera o la retórica amenazante de Le Pen, sino también desde las cumbres del sistema político. El propio Macron no dudó en apropiarse del título *Révolution* para el libro con el que lanzó su campaña presidencial de 2017. Dos años antes, el muñidor político-intelectual Jacques Attali, ahora íntimo de Macron, había advertido que el paisaje político en desintegración provocado por Hollande dejaría a Francia «dando tumbos hacia una situación prerrevolucionaria». Largamente anticipada, por lo tanto, pero aun así sorprendente: no solo por el momento y el desencadenante inicial de la revuelta, el impuesto sobre el diésel de Macron, sino porque sus configuraciones sociales concretas fueron totalmente imprevisibles.

El movimiento *gilets jaunes* ha materializado la irrupción de un nuevo actor social, que surge de los estratos más «invisibilizados» de la sociedad francesa y que hasta ahora habían estado encerrados en la pasividad política: la clase obrera empleada en el trabajo manual o administrativo de las pequeñas o medianas empresas; fracciones de la pequeña burguesía sin educación universitaria, cercanas (espacial y socialmente) a las clases populares; jubilados de esos mismos estratos. El movimiento de los *gilets jaunes*, expresándose al margen de las formas establecidas de representación política o sindical, ha reunido a trabajadores asalariados y autónomos en el único terreno que su composición orgánica permitía: la protesta contra el Estado. De ahí proviene la segunda sorpresa: se trata

de una protesta en gran parte animada por asalariados mal pagados, que han tomado posición en el resbaladizo terreno de los impuestos, reivindicando impuestos más bajos, especialmente del impuesto sobre el diésel, pero también mostrando su oposición a la injusticia fiscal y la abolición por Macron del impuesto sobre la riqueza. Y, sin embargo, y esta es la tercera sorpresa, las discusiones en las rotondas ocupadas sobre la «imposibilidad» de llegar a fin de mes y la evidencia de millones de vidas desperdiciadas por las restricciones diarias y las humillaciones de los explotados, han servido para destruir la imagen de la «*start-up nation*», que Macron trataba de imponer.

Finalmente, cuarta sorpresa, el movimiento ha logrado mantener un alto nivel de apoyo popular a lo largo de meses de confrontación con el Estado, a pesar de que se ha enfrentado a niveles crecientes de represión policial y de vez en cuando ha tomado formas tumultuarias¹. Allí donde tantas otras protestas francesas de las últimas décadas –las luchas por las pensiones y contra la legislación laboral, los disturbios en la *banlieue*, las huelgas estudiantiles, Nuit Debout– han fracasado, los *gilets jaunes* han obtenido concesiones del gobierno, aunque hayan sido en gran medida simbólicas. En la NLR 115, Didier Fassin y Anne-Claire Defossez contraponían la narrativa del ascenso de los *gilets jaunes* a la arrogancia borbónica y la violencia policial sin precedentes de la presidencia de Macron. Este artículo se concentrará, en cambio, en la política subjetiva de los *gilets jaunes*, que no puede desvincularse de sus condiciones objetivas. Hablando políticamente: ¿de qué color es el amarillo?

Repertorios de significado

Rompiendo con las rutinas habituales de los sindicatos y la izquierda, las tácticas de los *gilets jaunes*, que ocupaban las rotondas y se enfrentaban a la policía, encendieron el entusiasmo de los sectores anarco-autónomos, que desempeñaron un papel muy visible en las protestas francesas de las primaveras de 2016 y 2018. Sin embargo, el repertorio discursivo y simbólico que hizo tan visibles a los *gilets jaunes* funcionó en un rango diferente. Una identificación «plebeya», «popular», que daba la espalda al movimiento obrero establecido y a la «cultura del conocimiento», combinada con la

¹ A finales de marzo de 2019, una encuesta en *Le Figaro* revelaba que el 53 por 100 de los encuestados expresaba su apoyo o simpatía por los *gilets jaunes*, aunque el porcentaje hubiera descendido: «*Gilets jaunes*: le soutien des français en chute (sondage)», *Le Figaro*, 20 de marzo de 2019.

omnipresencia de la tricolor y las interpretaciones de *La Marseillaise*, interpelaba más bien al «populismo de izquierda» de Mélenchon o, de hecho, al populismo de la extrema derecha. Otros han leído el creciente predominio de los empleados del sector privado entre la «gente de las rotondas» como premonición de un «bloque antiburgués», o han situado al movimiento dentro de la *longue durée* de las luchas populares francesas, que se extiende desde los levantamientos contra los impuestos o por el «precio justo» de principios de la modernidad hasta los *sans-culottes*, justificando esto último por el llamativo recurso de los *gilets jaunes* al simbolismo de la Revolución Francesa, desde el modelo de guillotina diseñado para Macron hasta el reparto de gorros frigos. Se ha señalado con razón el importante papel de las mujeres en el movimiento².

Esas interpretaciones, todas ellas bien fundadas en cierta medida, expresan diferentes facetas del movimiento. Su limitación proviene de la misma fuente que su pertinencia (relativa): su carácter unilateral excluye de manera efectiva todo lo que no se ajuste a su cuadrícula analítica. Anacronismos aparte, la *longue durée* de los historiadores es puramente nacional; por muy esclarecedora que pueda ser esta –hay una dimensión indiscutiblemente francesa de la legitimidad de la acción popular directa que se remonta al momento fundacional de la Revolución de 1789–, corre el riesgo de excluir el pasado más reciente, así como las comparaciones internacionales con otras protestas interclasistas contra la austeridad. Si bien los partidarios del populismo de izquierda pueden regocijarse con un movimiento que se presenta como la encarnación del pueblo francés, el modo de acción de los *gilets jaunes* es el polo opuesto de la «revolución» de los ciudadanos en las urnas tal como la preveían Mélenchon y La France Insoumise.

En cuanto a la extrema derecha, tiene motivos para pensar que la exigencia de los *gilets jaunes* de una «renacionalización» del contrato social representa la aceptación de la «preferencia nacional» de Le Pen. Las encuestas sociológicas confirman que una parte del movimiento

² Bruno Amable, «Vers un bloc antibourgeois?», *Libération*, 26 de noviembre de 2018; Vincent Présumey, «Du prolétariat et des populistes», *Mediapart*, 13 de enero de 2019; Gérard Noiriel, «Les GJ replacent la question sociale au centre du jeu politique», *Le Monde*, 27 de noviembre de 2018; Sophie Wahnich, «La structure des mobilisations actuelles correspond à celle des sans-culottes», *Mediapart*, 4 de diciembre de 2018; Vincent Bilem, «Pourquoi la place des femmes dans le motion des *gilets jaunes* fait-elle tant polémique?», *Les Inrockuptibles*, 17 de diciembre de 2018 [Amable y Wahnich en inglés en el blog de Verso].

al menos teme una «crisis» de inmigración; en una de ellas, alrededor del 48 por 100 de los encuestados pensaban que un ciudadano francés debería tener prioridad sobre un inmigrante en materia de empleo³. Sin embargo, es sorprendente que demandas contra los migrantes como esta sean apenas perceptibles dentro del movimiento, en comparación con el énfasis puesto en la «justicia» y la redistribución de la riqueza. De hecho, los *gilets jaunes* marcan una ruptura en la historia de las movilizaciones sociales francesas. Es la primera vez que un movimiento «desde abajo» ha visto la participación conjunta de la izquierda y la derecha. No obstante, la simetría es engañosa: la «izquierda de la izquierda» y la extrema derecha están empujando en direcciones opuestas. En el próximo periodo está en juego la opción entre las dos: un giro contra las fuerzas sociales responsables de las desigualdades e injusticias, o contra la inmigración. Los gobernantes ya han tomado su decisión: Macron ha incluido claramente en su «gran debate» la cuestión de las cuotas de inmigración.

Crisis orgánica

Esta configuración sin precedentes se puede entender mejor en el contexto de la intensificación de la crisis orgánica, que se ha venido desarrollando en el orden social francés desde hace algún tiempo. Podría decirse que sus primeros signos aparecieron cuando el secretario general del Partido Socialista Lionel Jospin no logró pasar a la segunda vuelta de las elecciones presidenciales de 2002, hecho que indicaba el descarrilamiento del proceso de alternancia bipartidista. El concepto de crisis orgánica, formulado por Gramsci en la década de 1930, ha servido para orientar una serie de análisis de la reciente coyuntura. Aquí bastará recordar que Gramsci se refería a una ruptura radical de los vínculos entre los representantes y los representados. Un colapso del apoyo a los partidos tradicionales puede ser el síntoma más visible de una crisis orgánica, pero se extiende a través de las organizaciones mediadoras de la sociedad civil. Aunque sus expresiones variarán, esencialmente implica una crisis de hegemonía de la clase dominante, la quiebra de su capacidad para mantener su papel de

³ Véase la investigación de Yann Le Lann y sus colegas en *Quantité Critique*, discutida con Sylvia Zappi en «Le mouvement des “gilets Jaunes” est avant tout une demande de revalorisation du travail», *Le Monde*, 25 de diciembre de 2018 [en inglés en el blog de Verso].

liderazgo dentro de la formación social; en otras palabras, un fracaso generalizado del consentimiento⁴.

Gramsci distingue esto de una crisis revolucionaria, que se caracteriza por un aumento cualitativo en la actividad de las masas, que conforma una voluntad colectiva en oposición al bloque dominante: una situación de doble poder. Una crisis orgánica, en cambio, aparece en un momento en que las clases subordinadas han mostrado su incapacidad para polarizar la situación a su favor. Por lo general, su respuesta a la crisis es desigual; como decía Gramsci: «Los diversos estratos de la población no poseen la misma capacidad de orientarse rápidamente y de reorganizarse con el mismo ritmo. Las clases dominantes tradicionales, que tienen un numeroso personal adiestrado, cambia hombres y programas y reabsorbe el control que se le estaba escapando de las manos con una celeridad mayor que la que poseen las clases subalternas» (p. 52). A pesar de su hegemonía debilitada, aquellas todavía poseen reservas importantes a su disposición: los aparatos coercitivos y burocráticos del Estado, así como sus estratos intelectuales («intelectuales» en el sentido gramsciano, lo que significa pericia técnica y capacidad de liderazgo). La crisis orgánica desencadena una recomposición del personal político, que puede tomar diversas formas –desde un bonapartismo que preserva la fachada parlamentaria, hasta los diversos cesarismos y el «estado de excepción»–, con el objetivo de resolver la situación en interés del bloque dominante. Por lo tanto, el campo está abierto a soluciones de fuerza, representadas por los «hombres providenciales» de Gramsci.

En este marco, el proyecto Macron representaba un intento de resolver la crisis mediante un «bonapartismo burgués», que operara dentro de las instituciones del régimen existente. El brillante ascenso de un «extraño», apenas conocido por el público antes de su candidatura presidencial en 2017, fue un fenómeno que Gramsci habría reconocido. Pero tras imponer los decretos ejecutivos sobre el código laboral y los ferrocarriles, el

⁴ Véase, en particular, Antonio Gramsci, «Osservazioni su alcuni aspetti della struttura dei partiti politici nei periodi di crisi organica», *Quaderni del carcere*, volume terzo, Quaderno 13, § 23, Roma, 1977, pp. 1602 y ss.; ed. cast.: «Observaciones sobre algunos aspectos de la estructura de los partidos políticos en períodos de crisis orgánica», *Cuadernos de la cárcel*, vol. 5, México DF, 1999, pp. 52-60; ed. ing.: «Observations on Certain Aspects of the Structure of Political Parties in Periods of Organic», en Geoffrey Nowell Smith y Quintin Hoare (eds.), *Selections from the Prison Notebooks*, Londres, 1971, pp. 210-218. Las concepciones gramscianas también son la base del estimulante ensayo de Bruno Amable y Stefano Palombarini, *L'illusion du "bloc bourgeois"*, París, 2017.

bonapartismo de Macron chocó con los *gilets jaunes*. Dada la impotencia de las movilizaciones sociales tradicionales, especialmente las de los sindicatos, se pusieron así de manifiesto de modo brutal las vulnerabilidades de la clase dominante: el bloque social que apoya activamente la reestructuración neoliberal en Francia se encuentra en una clara minoría, mientras su paladín debe su éxito en las urnas a la extraordinaria fluidez de la escena política en la primavera de 2017: el colapso del centro-izquierda bajo la presidencia de Hollande, el clamor de los medios de comunicación contra Fillon como candidato del centro-derecha, los efectos movilizados contra el 20 por 100 obtenido por Le Pen. Los *gilets jaunes* no eran muy numerosos, pero sí representativos en cuanto a su composición social y su mensaje. Encarnaban la abstención electoral de las clases populares, que ha estado en la raíz de la crisis que ha minado el sistema de partidos en Francia durante más de veinte años. Esta es también la razón por la que un nivel relativamente bajo de movilización no solo pudiera obtener un apoyo tan significativo de la población, sino también mantenerlo a pesar de la intensidad sin precedentes de la violencia policial utilizada contra los *gilets jaunes* y, de hecho, de la contraviolencia por parte de algunos de estos, lo cual, en realidad, ha puesto al Estado a la defensiva.

La radicalización neoliberal desatada por la elección de Macron solo profundizó la crisis de hegemonía que pretendía resolver. El nivel alcanzado en la represión, de una intensidad desconocida desde la Guerra de Argelia, en un contexto de insubordinación latente dentro del aparato de seguridad –véanse las oportunas filtraciones relativas al «caso Benalla»– y las deserciones del equipo del presidente, evidencian un empeoramiento de la crisis del Estado. La imagen «jupiterina» de Macron, de progreso imparables y autoridad intocable, movilizadas precisamente como solución a esa crisis, se ha derrumbado. En este sentido, el proyecto de modernización neoliberal de Macron ha nacido muerto sin que exista alternativa alguna capaz de consolidar una mayoría sociopolítica suficiente.

Contradicciones en el seno del «pueblo»

Volviendo a la subjetividad política de los propios *gilets jaunes*, una de las características más notables es que, a pesar de la falta de estructuras organizativas preexistentes, y con las redes sociales y los contactos locales informales como único recurso, el movimiento ha sido capaz de consolidarse a escala nacional y dotarse de impresionante consistencia en sus modalidades de acción y en el tipo de reivindicaciones que ha planteado

en cada momento decisivo. Contrariamente a lo recogido por los medios de comunicación, no se trata de un paquete aleatorio de demandas entre sí contradictorias. El movimiento se organiza en función de reivindicaciones sociales y políticas, que cuentan con un apoyo prácticamente unánime entre los participantes activos. Además del referéndum de iniciativa ciudadana, incluyen la reintroducción del Impuesto sobre la riqueza (*Impôt de Solidarité sur la Fortune*), la elevación del salario mínimo (*Salairé Minimum Interprofessionnel de Croissance*), la cancelación del aumento de los impuestos sobre el combustible, el aumento de las pensiones, la reducción de los impuestos directos, el aumento del impuesto de sociedades y el apoyo a las pequeñas empresas locales, la reestructuración de los salarios de los representantes electos y el fin de la deslocalización de los puestos de trabajo. La lista y, sobre todo, el orden de prioridades pueden variar en distintos lugares del país; también debemos atender a la enumeración mucho más extensa y heterogénea de las cuarenta y dos demandas publicadas en diciembre de 2018. Pero lo que emerge muy claramente es el énfasis en la unanimidad como una característica constitutiva del movimiento.

Todos los movimientos sociales proponen demandas unificadoras, por supuesto, como gesto fundacional y condición de su éxito. La unanimidad de los *gilets jaunes* es de un orden diferente; surge de una dimensión de su identidad. En ausencia de espacios estructurados para la deliberación, las reivindicaciones se adoptan por «aclamación» o por su equivalente en los medios sociales. Además, los *gilets jaunes* no se conciben a sí mismos como un movimiento; sus tácticas no están dirigidas a integrar capas más amplias (hay una notable falta de interés en expandir el movimiento a otros sectores), porque ellos «son» el pueblo, y «el pueblo» solo puede ser unánime. Al rechazo de la representación política y de todas las formas de mediación se contraponen la presencialidad, la inmediatez y la supuesta transparencia que posibilitan las redes sociales y las redes informales de conocidos. El uso de los símbolos nacionales debe situarse dentro de esta perspectiva. El canto de *La Marseillaise* en las manifestaciones de los *gilets jaunes* debe mucho a los estadios de fútbol, como ha señalado Sophie Wahnich: «Es una forma de estar juntos, de cantar al unísono, la alegría del coro de masas. Ello produce el efecto muchedumbre, en el sentido tradicional del término. Crea vínculos entre la gente, haciendo que cada uno se sienta más fuerte. Si el fútbol no existiera, si la gente solo la aprendiera en la escuela, *La Marseillaise* no se usaría así»⁵.

⁵ S. Wahnich, «La structure des mobilisations actuelles correspond à celle des sans-coulottes», cit.

Tal uso es ambivalente por definición. *La Marseillaise* es una canción revolucionaria de los días de 1792, una validación simbólica de un levantamiento popular contra un poder injusto e ilegítimo; pero cantada en el contexto actual, también puede expresar una afirmación de *francité* [francesidad]. El «pueblo» encarnado en los *gilets jaunes* solo puede imponerse como una población nacional, que pide que el Estado francés respete el contrato social convirtiéndose así en el Estado del pueblo, el Estado del pueblo francés. También expresa el deseo de una homogeneidad nacional que se elevaría por encima de las divisiones, vistas como artificiales o indeseables, de vínculos partidistas o de clase y raza. En otras palabras, el carácter contradictorio del movimiento puede que no consista tanto en su yuxtaposición de demandas incompatibles como en su deseo de reprimir las contradicciones, en su rechazo a enfrentarse con ellas, lo que puede conllevar el riesgo de negar su propia dimensión política.

Sin embargo, esta hipótesis debe matizarse, primero, mediante una investigación más detallada de la dinámica interna del movimiento, incluido el intento de coordinación nacional representado por la «asamblea de asambleas» celebrada en enero de 2019; y, segundo, examinando su articulación de lo económico y lo político o, más precisamente, el abordaje de sus reivindicaciones económicas centrales a través de un marco político centrado en el papel del Estado en la reproducción social. Un análisis más profundo de estos dos aspectos debe ir más allá de lo que suele ser una limitación en las interpretaciones de izquierda (y otras) de los movimientos populares: centrarse en lo que *no* son. El riesgo de tales análisis «negativos» radica en su dimensión normativa –generalmente implícita y, por lo tanto, más insidiosa–, que tiende a producir rechazos moralizadores o, alternativamente, idealizaciones de la agitación en cuestión. Sin embargo, todo movimiento social importante invita a reflexionar sobre sus novedades, sus características irreductibles y sin precedentes, y sobre las formas en que interactúa con las «precondiciones» objetivas de su situación: instituciones, fuerzas sociales y políticas, formaciones ideológicas y discursos.

El objetivo, entonces, es investigar tanto la práctica del movimiento (las representaciones que genera, los objetivos que se plantea), como sus efectos sobre el equilibrio general de la coyuntura. A pesar de los límites de la forma, una analogía histórica puede ayudar a aclarar la relación entre las demandas socioeconómicas y políticas. El movimiento carlista, que sacudió la Inglaterra industrial temprana en las décadas de

1830 y 1840, organizado en torno a la demanda del sufragio masculino «universal», se basaba en una especie de «economía política popular», que abordaba las cuestiones socioeconómicas desde un ángulo principalmente político, siendo su primer objetivo combatir la exclusión institucionalizada de las clases populares por un sistema representativo liberal dominado por la elite terrateniente. La analogía nos permitirá ir más allá de los enfoques definidos por el «populismo» de los *gilets jaunes*, para preguntarnos si el movimiento representa una forma de lucha contra la «desdemocratización» impulsada por el capitalismo neoliberal y acelerada por la agudización de su crisis orgánica.

¿Por qué Commercy?

La convocatoria de una «asamblea de asambleas» provino de los *gilets jaunes* de Commercy, una pequeña ciudad situada en el nordeste de Francia. A finales de enero de 2019, delegaciones de alrededor de setenta grupos se reunieron debidamente en el pueblecito vecino de Sorcy-Saint-Martin y aprobaron un conjunto de demandas y principios. ¿Por qué emanó el llamamiento a una reunión nacional de los *gilets jaunes* de esta pequeña ciudad de Lorena sin peso político particular o anteriores tradiciones revolucionarias? En muchos aspectos, el grupo de Commercy parece típico del movimiento de los *gilets jaunes*. Sus militantes provienen predominantemente de las clases populares, tanto asalariados como trabajadores manuales, y cuenta con una fracción significativa de trabajadores por cuenta propia, empleados de los gobiernos locales y jubilados. Existe un fuerte sentido de identidad colectiva desarrollado entre un grupo de personas que se han conocido en el transcurso de meses de actividad conjunta. Aquí han surgido las mismas reivindicaciones que en otros lugares: impuestos, justicia social y fiscal, el referéndum de iniciativa ciudadana, etcétera, aunque pueda haber un énfasis más fuerte de lo habitual en lo social. El propio pueblo de Commercy parece igualmente típico. Marcado por un pasado industrial y militar –la actual frontera alemana se encuentra a unos 50 kilómetros al este–, su población de 5.600 habitantes está en declive, habiendo disminuido desde los más de 7.000 habitantes de la década de 1970. Como la mayor parte de la región, ha sido duramente golpeada por la desindustrialización. Típicamente también, fue durante mucho tiempo un feudo del Partido Socialista, con François Hollande entre sus notables, aunque el Ayuntamiento viró a la derecha en 2014. Así, pues, ¿por qué Commercy?

Parte de la respuesta está en la evolución de las actividades del grupo local. Su ocupación inicial de una rotonda, lugar emblemático de la agitación de los *gilets jaunes*, solo duró unos pocos días; el grupo decidió trasladarse a la plaza principal de la ciudad, la Place Charles de Gaulle, y construyó allí una cabaña de madera –*la cabane*–, a la que se puso el nombre de Chalet de la Solidaridad. La plaza es el centro de la actividad local, sede del mercado semanal, con tiendas, cafés y la sala local de conciertos; también es una vía importante para los conductores. La decisión de trasladarse allí fue significativa en varios aspectos: representaba el deseo de los *gilets jaunes* de tener visibilidad pública; fue buena para hacer contactos y obtener muestras de solidaridad, especialmente de los comerciantes. La escala del pueblo ayudó; pero la búsqueda de la máxima accesibilidad –incluso para los que carecen de automóvil– también está relacionada con uno de los objetivos centrales del grupo: asegurar la presencia física de la gente, participar en una variedad de actividades, pero sobre todo en la asamblea diaria de los *gilets jaunes*. Esta dimensión espacial estaba estrechamente vinculada a un modo de funcionamiento deliberado, orientado hacia la práctica de la democracia directa.

El Chalet de Solidaridad de Commercy puede considerarse, pues, como una trasposición, en menor escala, de la lógica espacial de ocupación que caracterizó en Francia a los movimientos de 2011 y, más recientemente, a Nuit Debout. Pero a diferencia del «ciudadanismo» –*citoyennisme*–, que marcó a Nuit Debout, para los *gilets jaunes* la cuestión del «ágora» no es un fin en sí mismo, sino un medio para promover una serie de reivindicaciones. El uso por el grupo de las redes sociales también debe entenderse en el contexto de esta determinación espacial. Facebook fue decisivo para los contactos con el mundo exterior, especialmente la «asamblea de asambleas»; pero solo desempeñó un papel secundario en la vida interna de los *gilets jaunes de Commercy* y en su actividad organizativa diaria. No es sorprendente que la pérdida de *la cabane* –el alcalde declaró que la demolería– se sintiera como una seria amenaza para la existencia del grupo, aunque la mayoría de sus miembros confiaban en que sobreviviría al desplazamiento a otro lugar.

Lo que distingue a este grupo es, pues, su estructura y su modo de funcionamiento, que está guiado por un conjunto de ideas propias sobre la autoorganización, la democracia directa y la expansión de la participación. La práctica continua de las asambleas diarias, que combina una búsqueda de consenso con el recurso (frecuente) a las votaciones, ha

materializado estas ideas en un sentido literal. Este proceso de aprendizaje ha permitido a una amplia gama de personas de la clase trabajadora, carentes de experiencia política previa, hablar y participar en la planificación de acciones colectivas. Los testimonios reunidos sugieren un proceso de politización popular, que se desarrolla al mismo ritmo que la evolución de los *gilets jaunes* a escala nacional al hilo, en particular, del choque con el gobierno de Macron y con las fuerzas represivas. Partiendo de la protesta contra los impuestos sobre combustible, los objetivos de los *gilets jaunes*, tanto aquí como en otros lugares, se han ampliado progresivamente, pasando de las cuestiones político-institucionales (dimisión de Macron, referéndum de iniciativa ciudadana, diversas propuestas de cambio institucional) a las demandas de justicia fiscal y social.

En una tendencia observada asimismo en otros lugares, el grupo de Commercy ha enfatizado notablemente la elusión de cualquier actitud o término racista o estigmatizante, especialmente el uso de «*cas soc*» o *cas sociaux*, una versión racializada de los «parasitos del bienestar», que se oyeron a veces en las primeras semanas del movimiento. Las opiniones de ese tipo se han deslegitimado «poco a poco» mediante el debate y también, más en general, a través de la experiencia compartida de la vida y la acción colectiva. Además, el grupo parece igualmente consciente del hecho de que el proceso de politización no ha hecho más que empezar y de que están por llegar las discusiones sobre cuestiones potencialmente divisivas, en particular sobre la UE.

Un encuentro venturoso

Una vez descrita esa evolución, se plantea de nuevo la pregunta «¿por qué Commercy?». Una respuesta más precisa debe tener en cuenta los factores culturales internos que dieron lugar a la convocatoria de la «asamblea de asambleas». Ahí se evidencia que lo que distingue al grupo de Commercy es la experiencia de un *rencontré réussie* [encuentro afortunado], como en una historia de amor, entre los que ya habían adquirido algún «capital militante» mediante sus estudios o mediante algún tipo de acción colectiva estructurada y los neófitos procedentes principalmente de las capas populares descritas anteriormente. El primer subgrupo consistía en figuras activistas, algunas de ellas conocidas a escala local, principalmente de la izquierda libertaria radical: un exmilitante del NPA, participante desde hace tiempo en la política local

y un pilar de los *gilets jaunes*; un exconcejal municipal; un periodista retirado de la Agence France Presse y antiguo candidato de Los Verdes; un exmiembro del RPR autodefinido como «gaullista social», junto a jóvenes activistas medioambientales de la lucha contra el proyecto de vertedero nuclear en Bure, a 40 kilómetros de distancia; un maestro de educación especial; un joven funcionario que había aprendido prácticas de democracia directa mientras estudiaba en Suiza.

Esas figuras más politizadas, en su mayoría varones, jugaron un papel informal pero efectivo para catalizar la actividad colectiva y proporcionarle un marco conceptual. Aunque tuvieron el cuidado de no monopolizar la discusión, hablaban con más frecuencia que los demás participantes, especialmente en los puntos más significativos. Fue este subgrupo el que asumió la responsabilidad principal de las publicaciones en los medios sociales de los *gilets jaunes* de Commercy y, en general, de las tareas de redacción y gestión del contacto con el mundo exterior. De hecho, asumieron las funciones de una oficina de publicidad, especialmente en su papel en la organización de la «asamblea de asambleas» de enero. Como en todo grupo constituido, hubo división del trabajo.

Algunas de estas figuras pertenecían a la asociación, *Là qu'on vive*, fundada en Commercy en 2017, que organiza discusiones y actividades regulares y tiene una fuerte dimensión social-libertaria⁶. Aunque son

⁶ *Là qu'on vive*: «[Actuar] allí donde se vive». Según su página en Facebook, el objetivo de la organización es «abrir un espacio en nuestra ciudad al que todos puedan acudir sin sentirse juzgados por su clase social, sus orígenes o su género; un espacio donde podamos reunirnos, hablar, conocernos mutuamente y, sobre todo, reaprender cómo cooperar compartiendo conocimientos y habilidades, sin líderes». Sus objetivos políticos se expresan mejor en un texto, escrito por militantes de la sección de trabajadores de la comunicación y la cultura del sindicato anarcosindicalista CNT, publicado en la página de *Là qu'on vive*: «Constituir comités locales que se organicen sobre los principios de la democracia directa: asamblea general soberana, representantes permanentemente revocables con mandato imperativo, rotación de responsabilidades. Esas comunas autónomas plantearán demandas populares, igualitarias, sociales y ecológicas. Si no se atienden, seguirán adelante y las pondrán en práctica, sin preocuparse por las formas legales de representación; estarán dispuestas a enfrentarse al alcalde y al prefecto, y a devolver a su casa al miembro elegido del Parlamento». «En la medida en que sea necesario, las comunas libres se federarán para compartir sus experiencias y reflexiones, y para echar una mano en la gestión de bienes comunes [...]. De este modo el Estado se verá marginado progresivamente, sus poderes disminuirán hasta el punto en que se volverá ineficaz, hasta el día en que un último empujón bastará para derribar la pirámide del orden autoritario», véase Pierre Bance, «À propos de l'appel des gilets jaunes de Commercy», *Autrefutur.net*, 3 de diciembre de 2018.

muy insistentes en que *Là qu'on vive* no fue el origen de los *gilets jaunes* en Commercy, su existencia indudablemente ayudó a preparar el terreno para el énfasis del grupo en la autoorganización y la democracia directa. La «asamblea de asambleas» de los *gilets jaunes* debe percibirse en el contexto de estos principios clásicos del pensamiento libertario, en particular, la idea de una extensión «desde abajo» de las prácticas de autoorganización y democracia directa a través de una federación de comunas autónomas. Al mismo tiempo, la experiencia de Commercy no debe considerarse como la simple aplicación de un proyecto preexistente. No todos los «intelectuales» del grupo se identificarían con el proyecto libertario de *Là qu'on vive*. Por encima de todo, sus entusiastas han aprendido a «zambullirse» en el grupo y a dominar el arte de la autolimitación, evitando cuidadosamente cualquier sensación de que su organización «encabeza» las acciones de los *gilets jaunes*. Su lenguaje es, en general, el mismo que el usado por los demás *gilets jaunes* o, al menos, puede ser comprendido fácilmente y, en cierta medida, adoptado por ellos.

Esta adaptación al «sentido común» del grupo puede cobrar formas sorprendentes: se puede escuchar a un militante libertario, que cuenta con una rica historia en la extrema izquierda, hablando de los «dos extremos», un elemento central del discurso «no partidista» de los *gilets jaunes*, pero también de la *doxa* del «centro» liberal reinante. Sin embargo, tal adaptación ha sido esencial para construir la legitimidad de los «intelectuales orgánicos» del grupo local, lo que también proporciona la base para que difundieran sus ideas libertarias con tanto éxito. Ningún milagro, entonces, en la singularidad de los *gilets jaunes* en Commercy, sino el resultado del trabajo constante y el «encuentro venturoso» de agentes políticos comunes y activistas locales con cierto capital cultural-militante a su disposición. Lo más importante es que este proceso ha operado dentro del marco más amplio de un movimiento marcado desde el principio por la conjunción de la urgencia socioeconómica —el «fin de mes»— y un alto nivel de confrontación, a menudo violento, con el Estado, que ha marcado en general a los *gilets jaunes*. Si la iniciativa de Commercy obtuvo cierto grado de éxito, es porque representaba una necesidad compartida de federar las experiencias de los *gilets jaunes* sin cancelar su carácter descentralizado. La «asamblea de asambleas» pudo así ayudar a articular una práctica de democracia «desde abajo» con un contenido socioeconómico, que podía ser inmediatamente comprendido y asumido por sectores sociales mayores.

¿De lo local a lo nacional?

El examen de la dinámica interna del grupo de Commercy disipa cualquier mito de que la reunión nacional de los *gilets jaunes* fuera una acontecimiento espontáneo. De hecho, confirma lo que Sartre subrayó sobre la experiencia de mayo de 1968: que la noción de pura «espontaneidad» era inapropiada. En su lugar, «solo se puede hablar correctamente de grupos, producidos por las circunstancias, que se crean a sí mismos de acuerdo con la situación. Al crearse ellos mismos, no obtienen acceso a alguna forma de profunda espontaneidad, sino que se someten a la experiencia de una condición específica, sobre la base de situaciones específicas de explotación y de demandas particulares; en el curso de esa experiencia, se conciben a sí mismos de una manera más o menos precisa»⁷. El llamamiento del grupo de Commercy a convocar una asamblea de asambleas de los *gilets jaunes* representó, en términos sartrianos, un intento de pasar de un «grupo en fusión», emergiendo de la especificidad de una situación, a un «grupo constituido», unido por procesos de inclusión y exclusión y capaz de tomar decisiones soberanas⁸. Este «ascenso a la generalidad» es necesario para liberar la universalidad potencial de las reivindicaciones planteadas por grupos dispersos y hacer frente a su adversario común. Sin embargo, corre el riesgo inherente a todas las formas de institucionalización: confiscar la iniciativa que viene de abajo, cayendo de nuevo en la «práctica inerte», para usar los términos de Sartre⁹.

Dada la inspiración libertaria que guió sus iniciativas, no es sorprendente que la cuestión que dominase la «asamblea de asambleas» del 26 y 27 de enero de 2019 fuera su carácter «decisorio» –su legitimidad en términos de tomar decisiones y resolver debates–, de hecho, si era o no deseable o conveniente moverse en esa dirección. Por sugerencia del grupo de Commercy, la asamblea aceptó el principio de delegación –dos representantes de cada grupo participante, limitados por mandatos imperativos y ello combinado con el voto mayoritario–, a diferencia del interminable *procedimentalismo* que había atascado a Nuit Debout. Sin embargo, entre los que habían acudido como delegados con mandato imperativo de su grupo

⁷ Véase «Masses, spontanéité, parti. Discussion entre Sartre et la direction d'*Il Manifesto*», 27 de agosto de 1969, en *Il Manifesto: Analyses et thèses de la nouvelle extrême-gauche italienne*, París, 1971, p. 300.

⁸ Una transcripción de los debates de la «asamblea de asambleas» está disponible en el sitio web *Vive la Révolution*.

⁹ Véase también el uso por Sophie Wahnich de los conceptos sartrianos a este respecto: «De la fusion, de l'incertitude et du pari», *Libération*, 2 de enero de 2019.

y otros que estaban allí como observadores, entre los que simplemente querían ampliar su círculo de contactos y los que querían una estructura más formal, no fue fácil llegar a una base de avance unificada.

El debate cristalizó en torno a la cuestión de si acordar o no una plataforma de demandas, otro punto de diferencia con la perspectiva de «no exigimos nada» que dominó *Nuit Debout*, o al menos su versión *citoyenniste*¹⁰. Elaborar un texto así implica realizar una selección entre una multiplicidad de propuestas, establecer prioridades, elegir entre las formulaciones, etcétera; en otras palabras, es completamente político. La solución propuesta por la «asamblea de asambleas» era un compromiso: redactaría un «llamamiento», estableciendo los principios y enumerando las demandas, pero evitando una lista acabada o una jerarquización estricta. Sin embargo, cuando los más de trescientos cincuenta delegados de los *gilets jaunes* se reunieron en Sorcy-Saint-Martin, la cuestión de la legitimidad de la toma de decisiones fue puesta de nuevo en duda en relación con la representatividad de la reunión a la que sólo acudieron alrededor de setenta de los cientos de grupos existentes, de los que al menos diez procedían de la región parisina. Se acordó que el proyecto de llamamiento se debatiría en los grupos locales, señalando que la siguiente «asamblea de asambleas» se reuniría en Saint-Nazaire en abril de 2019, aunque se reconoció que el proceso podría ser superado por la presión de los acontecimientos y por intentos paralelos de forjar estructuras a escala regional¹¹. La «asamblea de asambleas» tampoco tuvo influencia sobre los individuos promovidos como representantes nacionales de los *gilets jaunes* por los medios de comunicación franceses, generalmente en función de sus seguidores en Facebook, pero que mostraban poca consideración por los principios y procedimientos democráticos.

El propio *Llamamiento* siguió un camino intermedio entre el lenguaje de los *gilets jaunes* neófitos y el de los cuadros políticos más experimentados. Evitó términos como «capitalismo» y enfatizó puntos que probablemente

¹⁰ Véanse los comentarios de Alexis Cukier y Davide Gallo Lassere, «Contre la loi travail et son monde», *Les Temps Modernes*, núm. 691, 2016, esp. pp. 130-134.

¹¹ Se pueden encontrar en Internet videos de la «asamblea de asambleas» de Saint-Nazaire del 5 al 7 de abril de 2019. Su llamamiento denunciaba el carácter «antidemocrático y ultraliberal» de las instituciones de la UE, pero, respetando «la autonomía de los grupos de *gilets jaunes* y de los individuos en general», no hizo un llamamiento en pro de un voto o abstención particular en las elecciones europeas de mayo de 2019.

obtendrían un amplio apoyo. Sus objetivos centrales eran «redistribuir la riqueza» y «acabar con las desigualdades sociales», aunque también mencionaba la democracia real, las condiciones de trabajo, el medio ambiente y el fin de la discriminación. Seguía una larga lista de «demandas y propuestas estratégicas» tal como fueron formuladas y debatidas por los grupos locales, incluida la subida de los salarios y pensiones, la erradicación de la pobreza en todas sus formas, la transformación de las instituciones políticas –referéndum de iniciativa ciudadana, asamblea constitucional, freno a los privilegios de los diputados– y la transición ecológica. Los delegados pedían igualdad para todos, fuera cual fuera su nacionalidad; atacaban la marginación de los barrios pobres, las áreas rurales y los territorios de ultramar; y se declararon «ni racistas, ni sexistas, ni homófobos». La represión estatal y el «gran debate nacional» de Macron fueron denunciados en términos drásticos. El llamamiento concluía exigiendo la renuncia de Macron, subrayada por el emblemático eslogan del grupo de Commercy, «Viva el poder del pueblo, para el pueblo y por el pueblo».

En comparación con otros textos publicados por los *gilets jaunes*, este estaba más claramente marcado por las preocupaciones de la izquierda. La cuestión de los impuestos apenas aparecía, el referéndum popular destacaba menos de lo que uno podría haber esperado y sobresalían las demandas socioeconómicas. De hecho, la mayoría de las encuestas confirman que las cuestiones relativas a la desigualdad, la pobreza y el coste de la vida están en el centro de las preocupaciones de los *gilets jaunes*, superando la de los impuestos. Los investigadores de Sciences Po Grenoble, que han examinado la mayor muestra, sugieren que si bien el rechazo de las élites políticas y la exigencia de una soberanía popular real obtienen una aprobación unánime, las demandas detalladas de transformación institucional tienden a provenir de los sectores del movimiento más educados, económicamente seguros e identificados con la izquierda: una minoría de la muestra (ponderada) en la que el 74 por 100 describe su situación económica como «precaria» y el 60 por 100 se niega a ubicarse en un eje de izquierda a derecha¹².

¹² Tristan Guerra, Frédéric Gonthier, Chloé Alexandre, Florent Gougou y Simon Persico, «Qui sont vraiment les GJ? Les résultats d'une étude sociologique», *Le Monde*, 26 de enero de 2019. La encuesta encontró que las desigualdades (26 por 100), el poder adquisitivo (25 por 100) y la pobreza (14 por 100) encabezaban la lista de problemas, seguidos por los impuestos (11 por 100).

Conciencia triangular

Vale la pena detenerse en las demarcaciones identitarias —«cualquiera que sea su nacionalidad»; «ni racista, ni sexista, ni homófobo»— presentes en el llamamiento de la «asamblea de asambleas», que destacan entre la mayoría de los escritos de los *gilets jaunes* por su rechazo de la ostensible *francité* del movimiento. Si bien las demandas de los *gilets jaunes* se centran en cuestiones socioeconómicas y político-institucionales, y no en la agenda racista-islamofobia, no cabe duda de que las opiniones contra los inmigrantes tienen cierto espacio en el movimiento, como ocurre en la población en general¹³. Su intensidad aumenta en proporción inversa a la importancia que se otorga a la cuestión de la injusticia social. La dinámica de la movilización ha sido indudablemente positiva en este sentido, aunque sin disipar la ambivalencia discutida anteriormente. Hay quien ha argumentado que el movimiento ha vuelto a resaltar la principal división entre el «ellos» de las elites y el «nosotros» del pueblo: «La estigmatización de los inmigrantes y de los que gozan de ayudas sociales no se suele oír en las barricadas de los *gilets jaunes*, como si la conciencia de clase fuera unificadora. La pregunta ahora es si las tensiones internas que han aparecido en los últimos años entre los estratos más seguros y aquellos que dependen de las ayudas estatales se pondrán en primer plano o si se constituirá un bloque popular unificado contra las elites»¹⁴.

Esa posibilidad, por débil que parezca, ya ha alarmado a las elites en cuestión, que se han lanzado al contraataque. Macron ya había introducido, en su discurso del 10 de diciembre de 2018, los temas de «identidad» e «inmigración» como palabras clave en la racialización de la agenda política en Francia. Los vínculos entre la estigmatización racial y la focalización sobre quienes reciben ayudas estatales casi no necesitan subrayarse. Los últimos pueden no pertenecer a grupos racializados, pero como muchos han señalado, su focalización discursiva tiene un efecto de alterización. Se ha argumentado que la conciencia de los trabajadores con respecto al mundo social en estas condiciones es «triangular»: «Sienten que no solo están bajo presión desde arriba, sino

¹³ Según los investigadores de Sciences Po Grenoble, casi 6 de cada 10 pensaban que «hay demasiada inmigración en Francia», aproximadamente lo mismo que a nivel nacional. Los que más se oponen a la inmigración también estaban menos interesados en la política y más preocupados por el «poder de compra»: Guerra et al., «Qui sont vraiment les GJ?».

¹⁴ Nicolas Duvoux, «*Gilets jaunes*: la perspective d'une réunification d'un bloc populaire inquiète les politiques», *Le Monde*, 7 de febrero de 2019.

también desde abajo: la idea de que hay muchos desempleados que no están buscando trabajo y que viven de las subvenciones pagadas por los impuestos de otras personas»¹⁵. Esta «conciencia triangular», inherente a la condición de subordinación social, se ha vuelto más pronunciada con la fragmentación de la clase trabajadora, el retroceso de los servicios públicos y la degradación de los derechos sociales universales en favor de políticas dirigidas a estratos específicos, lo cual incrementa la competencia entre las clases populares. Su omnipresencia en el «sentido común» popular es una de las fuentes de la creciente «ira contra los impuestos»: quienes viven de su trabajo creen que se benefician cada vez menos de sus resultados.

Esa cólera adquiere fácilmente un aspecto racializador. Aunque la centralidad de las demandas sociales y los efectos unificadores de la acción colectiva pueden ayudar a contrarrestar ese proceso, sigue siendo cierto que las fracturas raciales dentro de las clases populares no pueden ser identificadas en esas condiciones si no es a través de la estigmatización racista. La necesidad de mantenerlas a distancia, indispensable para la cohesión de un movimiento que apunta tanto a reunir a todos como a suprimir todas las disensiones, lleva a mantener esa pregunta cuidadosamente fuera del panorama. Esa posición es inherente a la llamada a la *francité* que marca la identidad de los *gilets jaunes*: actúa como un vector de inclusión, al modo republicano –todos unidos tras la bandera nacional, «sin distinción de raza o religión–, pero también, y por la misma razón, de exclusión. Ocluye la invisibilización de los no nacionales y el hecho de que, medidos por su «francité», algunos nacionales (blancos, no musulmanes) resultan ser más «franceses» que otros. Sin embargo, si el sistema político actual restringe la representación de «los de abajo», como sostienen los *gilets jaunes*, excluye de una manera mucho más radical a quienes se oponen a la *francité*, situados en una categoría de subciudadanía permanente, y que pertenecen en gran medida al mismo mundo social que «los de abajo». El cuestionamiento de su «carácter francés» por parte de los marcadores simbólicos de los *gilets jaunes* es sin duda una de las razones por las que el movimiento tuvo inicialmente poca resonancia en la *banlieue*, aunque luego fuera creciendo progresivamente¹⁶.

¹⁵ Olivier Schwartz, «Vivons-nous encore dans une société de classes? Trois remarques sur la société française contemporaine», *La vie des idées*, 22 de septiembre de 2009.

¹⁶ Emmanuel Riondó, «Pourquoi Toulouse est l'un des bastions des GJ», *Mediapart*, 9 de febrero de 2019; Lucie Delaporte y Mathilde Goanec, «Gilets jaunes d'Ile-de-France: "Les quartiers populaires sont là"», *Mediapart*, 16 de febrero de 2019.

Volviendo al *Appel de Commercy* [Llamamiento de Commercy]: al alejar la identidad de los *gilets jaunes* del racismo, y también del sexismo y la homofobia, e incluir las «zonas grises» de la *francité* (barrios pobres, territorios de ultramar), el texto toca un punto sensible; con mayor precisión, una experiencia reprimida del movimiento *gilets jaunes*, que afecta a su propia identidad. Al hacerlo, el *Llamamiento* se arriesga, sin duda, pero también supone una apuesta cuyo éxito es esencial para la constitución de un «nosotros», que una realmente a las clases obreras y populares moviéndose al mismo ritmo, como habría dicho Gramsci.

Exclusión y representación.

A partir de una protesta contra los impuestos sobre el combustible, que se expande para abordar cuestiones relativas a la justicia fiscal y el «coste de la vida», el movimiento de los *gilets jaunes* encontró su reivindicación emblemática en la iniciativa del referéndum de iniciativa ciudadana. ¿Qué cosmovisión social subyace bajo esas demandas? En el resumen de *Le Monde diplomatique*: «Los jefes deberían ganar menos, sus empleados deberían vivir decentemente: un cierto tipo de “economía moral”»¹⁷. En la obra de Edward P. Thompson, la «economía moral» designaba un conjunto de normas, generalmente derivadas del derecho consuetudinario, destinadas a regular la economía de un mundo aún preindustrial y precapitalista en torno a las nociones de precio justo o la garantía de pan para todos. Cuando se violaban esas normas, el pueblo tenía derecho a rebelarse y a exigir que el soberano restableciera el pacto implícito en que se basaban¹⁸. Por analogía, se ha sugerido que las demandas sociales de los *gilets jaunes* articulan los principios de una «economía moral» contemporánea, que ha sido objeto de incesantes ataques del poder dominante. Desde este punto de vista, el movimiento apunta a una restauración, más que a una revolución; a restablecer un pacto nacional, más que a derrocar el orden existente.

La analogía, sugestiva y en gran medida oportuna, colapsa, sin embargo, dada la diferencia radical entre las épocas en cuestión: el poder al que se dirigían las masas populares del antiguo régimen debía su legitimidad al derecho divino. Se suponía que el rey cuidaba del bienestar de

¹⁷ Pierre Souchon, «Avant, j'avais l'impression d'être seule», *Le Monde diplomatique*, núm. 778, enero de 2019.

¹⁸ Véase Samuel Hayat, «Les *Gilets Jaunes*, l'économie morale et le pouvoir», samuelhayat.wordpress.com, 5 de diciembre de 2018.

sus súbditos, porque eran «suyos», no porque fuera responsable ante el cuerpo soberano de los ciudadanos. Es precisamente la regresión hacia una presidencia monárquica y el secuestro de la toma de decisiones por una elite política indiferente a sus condiciones de vida lo que rechazan categóricamente los *gilets jaunes*. El pacto social que exigen tiene en su núcleo la dimensión democrática que el régimen actual pisotea. La figura de Macron es la encarnación más alta de esa negación de la democracia a través de su fusión del aparato monárquico del presidencialismo de la Quinta República con la arrogancia de la clase burguesa contemporánea.

En lugar de la «economía moral» de las sociedades preindustriales, propondríamos otra analogía histórica que reformula esa dimensión «moral» en el marco de una sociedad en gran parte industrializada y un régimen político basado en el principio de representación. El movimiento cartista en Inglaterra se dio a conocer con la publicación de la «Charter of the People» en mayo de 1838. Tenía seis puntos: sufragio universal masculino, votaciones secretas, la elegibilidad de todos los ciudadanos para presentarse como candidatos, remuneración de los representantes electos, circunscripciones iguales y algo que hoy suena descaradamente radical: parlamentos anuales. El núcleo de la lucha de los cartistas era la exclusión política institucionalizada de las clases populares: apenas el 15 por 100 de la población masculina tenía derecho de voto, pese a la ampliación concedida a regañadientes por la Ley de Reforma de 1832. Pero obtener el sufragio era considerado igualmente como una palanca para obtener reformas sociales a gran escala entre las que se contaba la Ley de Pobres de 1834, con su famoso régimen de casas de trabajo para los indigentes, el sistema tributario regresivo, la corrupción de la élite política y, más en general, los privilegios de los ricos y ociosos, así como la clase terrateniente, que aún dominaba en gran medida la cumbre del Estado.

En la cosmovisión cartista, ella misma una extensión de la tradición inglesa del radicalismo democrático de finales del siglo XVIII y principios del XIX, la causa de los problemas socioeconómicos de los trabajadores residía en el monopolio político de los ricos. Como ha argumentado Gareth Stedman Jones: «En el discurso radical, la línea divisoria entre las clases no era la que existía entre el empleador y el empleado, sino entre el representado y el no representado»¹⁹. La estrategia no era la construcción de un movimiento obrero, por más que el cartismo obtu-

¹⁹ Gareth Stedman Jones, «Rethinking Chartism», en *Languages of Class: Studies in English Working-Class History 1832-1982*, Cambridge, 1983, pp. 106-107.

viera en gran medida su apoyo de la clase obrera, sino una alianza entre «el pueblo» y «los productores» contra los rentistas ociosos y los terratenientes que monopolizaban el poder. Su lenguaje transmitía una visión moral de la economía, centrada en las nociones de justicia, dignidad y equidad, dejando a un lado la propiedad de los medios de producción.

Hay algunos puntos en común claros con los *gilets jaunes*. En ambos casos, la fuerza motriz del movimiento no es puramente política ni puramente económica, sino una combinación dinámica de ambas. Tanto los cartistas como los *gilets jaunes* aparecen como movimientos de reacción contra la exclusión política de las clases populares y conciben la acción pública, revitalizada por una serie de reformas institucionales destinadas a ampliar la participación ciudadana, como el medio más eficaz para obtener reformas sociales que favorezcan a esas capas. Frente a un régimen parlamentario basado en el sufragio censitario de los propietarios y los conflictos motivados por el capitalismo industrial temprano, los cartistas exigían la reforma de las instituciones representativas para hacerlas más receptivas a los ciudadanos. Los *gilets jaunes* afrontan los mecanismos del «censo oculto»²⁰, que sirve para marginar el peso de las clases subordinadas dentro de las instituciones representativas, combinados con la decrepitud de la democracia parlamentaria después de décadas de políticas neoliberales. Abandonadas por los partidos políticos que en otro tiempo lucharon por su participación en la vida pública, las clases populares se han refugiado en la abstención o apoyan a la extrema derecha.

Demandas aprovechables

Su escisión está en el centro de la crisis orgánica que se manifiesta en la caída de la participación y la deserción de los partidos principales. El colapso del compromiso social keynesiano-fordista también involucró la delincuencia de formas político-institucionales que, a pesar de su burocratización y sus inherentes limitaciones, permitían cierta forma de participación popular. El movimiento *gilets jaunes* ha servido tanto para revelar como para expresar la gravedad de la crisis de representación. Al igual que la «Chart of the People», aunque en un contexto histórico muy diferente, su programa sugiere que la acción estatal puede remediar su situación sin afectar a los mecanismos de acumulación de capital, ni siquiera los de redistribución secundaria. Con la excepción del impuesto

²⁰ Véase Daniel Gaxie, «Le cens caché», *Réseaux*, vol. 5, núm. 22, 1987, pp. 29-51.

sobre la riqueza, una medida más que nada simbólica, el énfasis del programa recae en el aumento del «poder de compra» alentado por el Estado mediante la reducción de los impuestos directos. No logra concretar la demanda de redistribución de los *gilets jaunes* en favor de las clases populares, su enojo por la desigualdad social y la arrogancia de «los ricos».

Aunque los grupos locales también apuntan a las multinacionales y los fenómenos de la globalización, desde el daño ambiental hasta el poder de las corporaciones globales, la deslocalización de empleos y las instituciones supranacionales, hasta ahora la economía política del movimiento apenas roza la superficie de las políticas neoliberales. De hecho, se arriesga a legitimar las rebajas de impuestos indiscriminadas y la destrucción de los servicios públicos, como medidas que podrían impulsar el «poder adquisitivo». No es sorprendente que Macron haya tratado de engañar a los *gilets jaunes* tomándoles la palabra. En su «Carta al pueblo francés» del 13 de enero de 2019, declaró que sería imposible reducir los impuestos sin reducir también el gasto público general, e invitó al público a debatir dónde debería caer el hacha²¹.

El referéndum de iniciativa ciudadana, la idea del referéndum de los ciudadanos que se ha convertido en faro del movimiento, se supone que devolvería el poder a la gente al eludir los partidos y el sistema institucional. Sin embargo, se basa en una comprensión de la política –como una lista de cuestiones inconexas, planteadas como en un cuestionario–, que corre el riesgo de reproducir la despolitización de la «gobernanza» neoliberal: eliminar cualquier noción de la política como confrontación entre corrientes de ideas, de proyectos dotados de coherencia global. En lugar de resolver la crisis de representación, esas propuestas simplemente la reflejan y profundizan. Cultivando la ilusión antipolítica de una *tabula rasa*, libre de mediaciones, en lugar de abordar la tarea de su reinención, preferirían alentar el vuelo autoritario hacia adelante inherente al Estado neoliberal, al que las instituciones de la Quinta República parecen haber estado predestinadas desde un principio. También Macron, más taimado de lo que a menudo se cree, tiene como objetivo recuperar la exigencia de democracia directa repitiendo la ejecutoria bonapartista que caracterizó su campaña de 2017, la del presidente que se arremanga y se une a la gente como parte de un «gran debate nacional», dirigido naturalmente desde arriba, que permite la expresión libre y «no mediada» de los ciudadanos.

²¹ Al concluir su «gran debate» el 7 de mayo de 2019, Macron confirmó que la reducción del impuesto sobre la renta se compensaría con nuevos recortes de gastos, más horas de trabajo y el cierre de algunos rescucios fiscales.

¿Cómo explicar esta sorprendente brecha entre un movimiento originado por la ira popular contra las injusticias sociales y la desintegración democrática, y su expresión en reivindicaciones –más coherentes de lo que muchos quieren admitir– que pueden revertirse tan fácilmente en su opuesto? La analogía con los cartistas puede volver a ser útil aquí. Además de la implacable represión estatal desatada contra él, el movimiento se enfrentó rápidamente a las contradicciones internas de su economía política. La idea de la reforma política como palanca de la reforma social universal perdió su credibilidad bajo los gobiernos reformistas de los conservadores liberales como Robert Peel, capaz de hacer concesiones en asuntos como los impuestos sin ceder una pulgada a la ampliación del sufragio, mientras mantenía la opción de una represión despiadada. La economía política del cartismo se mostró incapaz de enfrentar la disyunción entre las esferas económica y política, institucionalizadas por el Estado liberal en proceso de maduración. El socialismo y la acción sindical recogerían finalmente la batuta de un movimiento político, cuyo último estallido de gloria se produjo en 1848. Sin un cambio de orientación, que parece improbable por el momento, el movimiento *gilets jaunes* deberá luchar para evitar una situación similar de impotencia, que le permita desencadenar una dinámica capaz de bloquear la feroz represión dirigida contra él y presentar demandas que no sean tan fácilmente recuperables por un Estado vigilante.

En Troyes

Dicho esto, la experiencia social y política que representa el levantamiento no se agota en su programa oficial. Las discusiones con los *gilets jaunes* en Troyes a fines de marzo, después de la presentación de la película de François Ruffin *J'veux du soleil*, dejaron claro que la capacidad del movimiento para resistir la prueba del tiempo y mantener sus movilizaciones durante cinco meses, dependía de un modo de organización genuinamente colectivo. Los *gilets jaunes* activos tenían una clara preferencia por la interacción personal directa; Facebook era considerado como un foco de manipulación «desde abajo», terreno fértil para rumores y rivalidades personales, así como para la vigilancia estatal «desde arriba», aunque todavía fuera la única herramienta disponible para la coordinación y la comunicación a mayor escala. El grupo de Troyes también ofreció una visión interesante del *modus operandi* de la extrema derecha.

Serge, un antiguo sindicalista en un concesionario de automóviles Citroën, jubilado anticipadamente después de una enfermedad y miembro del partido de Mélenchon La France Insoumise, explicó cómo había puesto al principio sus habilidades de organización (folletos, publicidad, manifestaciones) a disposición de uno de los grupos precursores en la región, France en Colère, que abarcaba «gente de todo tipo, un verdadero rojo-blanco-y-azul», que sin duda incluía a la extrema derecha, y que se organizó primero contra los impuestos sobre el combustible y luego contra los cierres de hospitales. En Troyes cuatro mil personas salieron a la calle el 17 de noviembre de 2018 en respuesta al llamamiento a la acción de los *gilets jaunes* contra el impuesto sobre el combustible, una multitud enorme para una antigua ciudad comercial de sesenta mil habitantes. Al principio cuatro rotondas estaban ocupadas todo el día. En una de ellas, informó Serge, dos militantes locales de extrema derecha de Debout la France intentaron tomar el control del movimiento, «manejando los hilos desde su ordenador», al anunciarse en Facebook como representantes regionales de los *gilets jaunes* en Aube (el departamento del que es capital Troyes): «Eso causó un escalofrío». Según Serge, ambos pasaban muy poco tiempo en las rotondas: «Estarían sentados en un café mientras que el resto sufría el gas lacrimógeno en una manifestación; la gente pronto vio lo que estaba pasando». La mayoría de los *gilets jaunes* no tenían antecedentes políticos, prosiguió. «Pero están tan hartos de esa basura de vida que están dispuestos a ir a cualquier parte, a seguir a cualquiera»:

Oyes a alguno de ellos decir: «No hay dinero para nosotros, y los inmigrantes obtienen alojamiento gratuito, reciben atención gratuita cuando no hay nadie que cuide de nuestros ancianos, nadie que cuide de mi madre». El otro día, Giacomoni [uno del dúo de extrema derecha] apareció con un montón de folletos que decían que la asistencia social debía recortarse, porque nos estaba costando demasiado. Me negué a distribuir los folletos, y también los demás en la rotonda de Brico. Siempre lo hemos repetido en casa: «¡No confundas el objetivo!». Y también tratamos de informar a la gente. . . Esto está empezando a dar frutos, pero ha sido difícil y aún no ha terminado²².

²² Pese a todas las diferencias con el periodo de Weimar, cuando los partidos de masas de izquierda y derecha competían para liderar la ira popular y las aspiraciones de cambio radical, puede valer la pena recordar las palabras de un joven alemán contadas por Daniel Guérin en el verano de 1932: «Como ve usted, estamos enfrentados entre nosotros. Las pasiones están en ebullición, nos estamos matando unos a otros, pero fundamentalmente queremos lo mismo...». [Guérin: «¿En serio?»] «Sí, lo mismo, un mundo nuevo, radicalmente diferente al de hoy [...] un nuevo sistema», Daniel Guérin, *La peste brune*, París, 1971, p. 31.

Cuando se le preguntó por qué, de las cuatro rotondas ocupadas originalmente en noviembre, solo la ocupación de Brico seguía con fuerza, Serge respondió que la atmósfera variaba en cada una de las mismas. Una de las rotondas, dirigida por los tipos de Debout la France, se gestionaba con un estilo militar, con líderes y reglas rígidas. Otra, dirigida por activistas locales de France en Colère, era más amable, pero una chica de los *gilets jaunes* había intentado establecerse como líder, lo que provocó discusiones. En la de Brico hubo un buen ambiente colectivo desde el principio y mucha gente local les había traído comida y bebida como gesto de solidaridad. Cincuenta o sesenta de ellos se habían reunido para debatir qué puntos plantear en la «asamblea de asambleas» de Saint-Nazaire y elegir a dos delegados para que los representaran. ¿Cuáles fueron los efectos de la actual oleada de represión jurídica? «La gente le está haciendo frente cara a cara, con las multas y las querellas en su contra; la represión nos ha conmocionado. Si eso cambiará su política, no lo sé. Pero los enfurece cada vez más, eso es seguro».

Ante esta determinación, me viene a la mente la respuesta de una *gilet jaune* a la pregunta de un periodista. Al preguntarle qué pensaba de las concesiones de Macron sobre el impuesto sobre el combustible, ella respondió: «Sea lo que sea lo que concedan, nunca será suficiente». Esto sugiere que el movimiento se basa en algo que escapa a toda cuantificación, una aspiración que aún no se puede expresar con palabras. Sería difícil encontrar una expresión más concisa de la brecha entre la percepción de una situación intolerable y la imposibilidad radical de imaginar una diferente. Ahí es donde radica el desafío para las luchas de hoy: inventar una alternativa, no como una utopía, sino como un proyecto que también incluya los medios de su realización, en una nueva combinación de radicalismo y pensamiento estratégico.

Este texto se basa en tres artículos publicados originalmente en francés en *Contretemps*: Stathis Kouvelakis, «*gilets jaunes*, l'urgence de l'acte», 21 de enero de 2019; «Après Commercy. Dynamique de group et économie politique des *Gilets Jaunes*», 18 de febrero de 2019; y con Pascale Arnaud, «Paroles de rond-pont. Entretien avec les gilets jaunes de Troyes», 15 de abril de 2019. El autor desea agradecer a *Mediapart* la invitación inicial a Commercy; a *l'EclairCit* la invitación a asistir a la proyección de *J'veux du soleil* en Troyes; a los *gilets jaunes* que compartieron sus esperanzas y temores para estos artículos; y a Pascale Arnaud su contribución esencial.

Tarifas de suscripción a la revista *New Left Review* en español

Para España

Suscripción anual (6 números)

Suscripción anual individual [55 €]

Suscripción anual para Instituciones [200 €]

*(una suscripción equivaldrá a 3 ejemplares de cada número
enviados a una misma dirección postal)*

Venta de un ejemplar individual para instituciones [20 €]

Gastos de envío postal ordinario incluidos.

Para Europa

Suscripción anual (6 números)

Suscripción anual individual [85 €]

Suscripción anual para Instituciones [300 €]

*(una suscripción equivaldrá a 3 ejemplares de cada número enviados a
una misma dirección postal)*

Venta de un ejemplar individual para instituciones [30 €]

Gastos de envío postal ordinario incluidos.

Resto del mundo*

Suscripción anual (6 números)

Suscripción anual individual [120 €]

Suscripción anual para Instituciones [350 €]

*(una suscripción equivaldrá a 3 ejemplares de cada número enviados a
una misma dirección postal)*

Venta de un ejemplar individual para instituciones [50 €]

Gastos de envío postal ordinario incluidos.

Formas de pago

Se puede realizar el pago mediante tarjeta de crédito, transferencia bancaria o domiciliación bancaria a través de nuestra página:

<http://traficantes.net/nlr/suscripcion>

Para cualquier duda podéis escribirnos a nlr_suscripciones@traficantes.net